«públicas, misiones y episcopados. Recobró la España de la domi-«nacion de Mahoma y por todas partes sacude la tierra del Islam. «La Grecia y la Argelia adoran su nombre; la China abrió sus puertas «tantas veces cerradas á sus emisarios, y la Nueva-Holanda se pue-«bla á la sombra de su cruz; las islas de la Oceania transforman sus «salvajes en mansos discípulos de su Evangelio. Ya no hay mares, «ya no hay soledades, ya no hay lugares inaccesibles donde JESU-«CRISTO no haya hecho tremolar la bandera de su reino [1].» Ved si es popular, hermanos, la monarquía de JESUCRISTO; ved cuán impetuoso ha sido el espíritu que ha generalizado su excelsa doctrina y su justa ley.

Despues de haberos demostrado tan evidentemente la popularidad inmensa del divino Autor de la Iglesia, podria ya dispensarme de toda otra explicacion: viendo á los pueblos de la tierra inclinados ante JESUCRISTO, es claro que el Cristianismo continúa obteniendo el voto universal. Mi tarea quedaria concluida trazándoos á grandes rasgos la popularidad de María, y diciéndoos: Comparad las dos popularidades y aprobad mi proposicion. Pero el análisis del espíritu de la Iglesia se presta á algunas consideraciones oportunísimas que deseo no pasar por alto.

Mañana, asistiéndonos la divina gracia, las desarrollaré, poniendo punto final á esta série de conferencias.

[1] El P. Lacordaire.

CONFERENCIA DÉCIMASÉPTIMA.

Semejanza de la popularidad de María y de la Iglesia demostrada por la historia.

Argumento de la revolucion anticatólica contra la Iglesia, basado en la voluntad popular.—¿Por qué la revolucion quiere arrogarse el título de *católica?*—Sistema que es conveniente adoptar para desvirtuar sus trabajos en este sentido.—Popularidad de la Iglesia en la historia.

I. Empeño sostenido en dar á la Iglesia el carácter de sociedad secreta.—La Iglesia es por naturaleza visible, difusiva, franca, pública.—Lo que podrá hacer y lo que no podrá hacer la revolucion contra la Iglesia.—La Iglesia fue ya popular en su orígen.—Escena acaecida despues del primer sermon de Pedro.—Táctica de los primeros adversarios de la Iglesia, para ofuscar su popularidad.—La multiplicidad de lenguas con que bajó figurado el Espíritu Santo sobre el colegio apostólico, fue un símbolo de su universalidad.—San Pablo fue el apóstol especialmente destinado á enseñar y sostener esta universalidad.—La eleccion de Roma por centro del Cristianismo fue otro testimonio de su popularidad.—La popularidad de la Iglesia probada por los Mártires.—El pueblo de las catacumbas.—La alianza de Constantino con la Iglesia tuvo alguna relacion con la popularidad de esta.—Popularidad de la Iglesia en Europa.—Relaciones de las civilizaciones cismáticas con la Iglesia de la unidad, que confirman su popularidad.

II. ¿Qué ha hecho el Cristianismo para obtener y conservar la popularidad?—Su accion en el tiempo y en el espacio.—Sentimientos de la Iglesia sobre la fraternidad absoluta y la abolicion de la pena de muerte.—Frutos de la aceptacion del Espíritu Santo que garantizan la conservacion de la popularidad histórica de la Iglesia.—Exámen de los mismos.

III. Accion y actitud del Pontificado en el desarrollo de esta civilizacion.—Popularidad de Pio IX, originada por reflejarse en él el espíritu de los admirables frutos.—Análisis del carácter de PIO IX.—Mientras exista pueblo no faltará popularidad al Pontificado.—La popularidad de los hombres y de las doctrinas antipontificias no existe.—Exámen de las diversas personificaciones de la opinion pública.—Impopularidad de la Rusia, enemiga del Pontificado.—Impopularidad de Inglaterra, enemiga del Pontificado.—Impopularidad del Piamonte, enemigo del Pontificado.—Pasaje bíblico aplicable á la política italiana

antipontificia.—Demostracion de que el pueblo quiere la constitucion del reino del cielo en la tierra.—Análisis de aquel reino.—Manifestaciones extraordinarias de la popularidad que disfruta hoy el Pontificado.

IV. La popularidad de la Iglesia y del Pontificado viene simbolizada en la de la inmaculada Vírgen María.—Consideraciones sobre estas palabras de María: *Beatam me dicent omnes generationes.*

La revolucion se ha visto precisada á buscar un argumento que á lo menos en apariencia apoyara sus pretensiones anticatólicas en algun derecho; debia cubrir sus audaces conquistas con un tinte de legitimidad. Por esto ha dicho: «Yo soy hija de la voluntad popular, «soy la obra del sufragio universal; los pueblos me llaman á porfía, «y *vox populi, vox Dei,*» es decir, no pudiendo llamarse una, santa, apostólica como la Iglesia, ha querido llamarse *católica,* esto es, *universal* como ella: «Yo soy popular, ha dicho, luego la verdad «está en mí.»

En vano trataríamos de desvirtuar este argumento de la revolucion, contestándola en nombre de la Iglesia: Si tú eres popular, yo «soy divina, y mas fuerza tiene un argumento basado en Dios que «en el pueblo.» La revolucion se burla de la Divinidad, y soy de parecer que conviene evitemos pretextos á su sátira. Ella se fortifica en la tierra; pues bien, combatámosla en la tierra; ella defiende su poder contra la Iglesia apoyándose en la popularidad, por consiguiente, creo que lo mas oportuno es insistir en la popularidad de la Iglesia para desvirtuar la fuerza de la que se atribuye la revolucion. Esta dice: «Yo soy hija del sufragio universal;» la Iglesia puede contestarla como san Pablo á los hebreos: *Et ego.*

María, que es el augusto símbolo de la Iglesia, exclamó: *Beatam me dicent omnes generationes:* en esta palabra profetizó de la manera mas terminante, con su popularidad la de la Iglesia, cuyo autor llevaba en el seno, y cuyo espíritu es ya el espíritu del género humano.

Vírgen María, no en vano espero tu gracia: eres bondadosa conmigo, yo te saludo: *Ave María.*

I.

Ha habido grande empeño en quitar á la Iglesia su carácter de pública, en transformarla en una especie de sociedad secreta, á fin de hacer creer al pueblo que, además de los misterios teológicos que el Cristianismo propone, el cristiano debe someterse á las consecuencias de una série de misterios gubernativos, cuyos senos solo pueden penetrar las grandes inteligencias de la Iglesia. Sin embargo, á pesar de sus insidias y esfuerzos, la revolucion no alcanzará el triunfo de sus ideas. La Iglesia es por naturaleza visible, difusiva,

franca, y todo es en ella público: Jesucristo quiso establecer la Iglesia para todos, por esto la estableció ante todos, y la edificó sobre todo: *Fundamenta ejus in montibus sanctis.*

Revolucion, tú podrás dar martirio á la Iglesia, podrás crucificarla, pero ten entendido que Dios te condenó á crucificarla en público.

El Verbo que hizo el mundo y luego crió la luz para que viéramos el mundo hecho por él, no estableció la Iglesia para cubrirla con la oscuridad: sociedades secretas no las crean sino los enemigos de Dios y del público: la Iglesia no podia ser una sociedad secreta, debia ser pública en sus enseñanzas: *Docete omnes gentes;* pública en virtudes: *Videant opera vestra bona;* pública en sus milagros; *Multitudo magna... Videbunt signa;* pública en sus aclamaciones: *Clamantes hosanna.* Debia ser así, porque es hija de Dios, al que el público llama Padre.

Las muchedumbres vieron á Cristo y le siguieron; los pueblos han visto la Iglesia y la han adoptado.

La Iglesia ha obtenido su popularidad desde su orígen; no hay verdad histórica mas fácil de probar que esta: su popularidad empezó en el primer momento de su manifestacion. Pedro, el apóstol cabeza y fundamento de la Iglesia, enardecido por el Espíritu Santo, diez dias despues de haber Jesucristo ascendido á los cielos, rodeado de sus compañeros en el apostolado, abrió sus labios, depósito vivo de la verdad, y dirigió á la muchedumbre reunida en la plaza de Jerusalen un discurso en el que con sencilla franqueza, pero inspirados conceptos, enseñó la divinidad de Jesucristo, y por consiguiente de la doctrina que por su órden predicaba; y escrito queda en el libro de los Actos apostólicos que «oido este discurso se «compungieron de corazon, y dijeron á Pedro y á los demás Apósto«les: *¿Pues, hermanos, qué es lo que debemos hacer?* á lo que Pedro les «respondió: Haced penitencia, y sea bautizado cada uno de vosotros «en el nombre de Jesucristo para remision de vuestros pecados, y «recibiréis el don del Espíritu Santo.

«Porque la promesa de este don es para vosotros y para vuestros «hijos y para todos los que están léjos... aquellos, pues, que reci«bieron su doctrina fueron bautizados, y se añadieron aquel dia á la «Iglesia mas de tres mil.

«Y el Señor aumentaba cada dia el número de los que abrazaban «el mismo género de vida para salvarse.»

La Iglesia fue popular, como se ve, en su misma cuna, y la prueba de su popularidad se halla en su persecucion.

«Mientras los Apóstoles estaban hablando sobrevinieron los sacer«dotes *judíos* con el magistrado... no pudiendo sufrir que hablasen «al pueblo: *Dolentes quod docerent populum...* y habiéndose apodera«do de ellos les metieron en la cárcel, hasta al dia siguiente... en el «entre tanto muchos de los que habian oido la predicacion creyeron,

«cuyo número llegó á cinco mil hombres: *Multi autem eorum qui au-*
«dierunt verbum crediderunt, et factus est numerus virorum quinque
«millia.»

La Sinagoga y los jueces de Jerusalen se llenaron de temor, desconcertados al oir una doctrina que atraia las inteligencias, y una moral que cautivaba los corazones, y al presenciar unos prodigios que les llenaban de profunda admiracion. Y decian: «¿Qué harémos «con estos hombres? el milagro de la *curacion* del cojo hecho por «ellos es notorio á todos los habitantes de Jerusalen, y es tan evi-«dente que no podemos negarle. Pero á fin de que no se divulgue «mas en el pueblo, apercibámosles que de aquí adelante no tomen «en boca este nombre, ni hablen de él á persona viviente: *Sed ne*
«amplius divulgetur in populum, comminemur eis ne ultra loquantur in
«nomine hoc ulli hominum.»

¿Qué os parece, hermanos? Sed sinceros, juzgad si está matemáticamente demostrada en esto la verdad que vengo sosteniendo; no puede desearse una prueba mas terminante de la popularidad de la Iglesia apostólica, que la que se consigna en la página del libro que os he citado. Consígnase en ella la popularidad de la Iglesia en su misma cuna, probada por los Apóstoles, confirmada por los esfuerzos que los enemigos de la Iglesia hicieron para desvanecerla ó detenerla.

La popularidad de la Iglesia no debia ser exclusivamente israelítica, la Iglesia debia ser católica y por lo tanto universal, y en prueba de ello el Espíritu Santo para animar el cuerpo docente, que estaba esperándole en el cenáculo, apareció en forma de una muchedumbre de lenguas, símbolo glorioso de que la Iglesia debia hablar el idioma de todos los países, al paso que habia de aclamársela contestando á sus predicaciones, cada pueblo en su lengua, el griego, el romano, el árabe: *Credo in Jesum Christum... credo in unam sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam.*

No tardó el Señor á elegir un hombre, cuya mision especial fue sostener alta su bandera de la universalidad de la Iglesia: san Pablo fue señalado por Dios para llevar la luz á las naciones y ser el iman de los gentiles.

Así, los pueblos todos saludaron á los testigos de la redencion, y la Iglesia necesitó establecer su centro, su cátedra suprema en un país que fuese, no ya el corazon del Oriente, sino el de la tierra civilizada: Roma fue la ciudad elegida. En ella la Iglesia levantó su cabeza mas alta y mas inflexible que la cabeza de los césares, y el universo vió admirado como al paso que el imperio decaia á causa de las sublevaciones del ejército y de la infidelidad de las naciones conquistadas, el Pontificado se afirmaba con las huestes decididas de soldados de Cristo, hijos de su amor, que de todas las partes de la tierra corrian á él; entonces todo el mundo vió que los soldados no querian morir para la gloria del César, y que los cristianos de-

seaban morir para la gloria de la Iglesia; obtuvo otra brillante manifestacion de su popularidad: el testimonio de sus mártires.

Si debiera hablaros extensamente de todo lo grande de este testimonio, si debiera desarrollar ahora todas las ideas que su recuerdo me suscita, esta conferencia se prolongaria indefinidamente: un pueblo compuesto de innumerables hijos de todas las clases y categorías se constituyó al llamamiento del Pontificado: y ¿dónde se constituyó? en Roma. Pero yo me traslado á Roma, á la Roma del primer siglo, y busco allá al pueblo cristiano y no lo encuentro. Yo veo los césares, veo las legiones imperiales, veo el Senado, veo los sacerdotes de la idolatría, veo las vestales, veo las damas romanas, veo esclavos procedentes de todos los países, mas el pueblo cristiano, le busco y no le veo; ¿dónde está el pueblo cristiano? Hermanos mios muy queridos, hijos primogénitos de la cruz, ¿dónde estais? yo busco vuestras huellas y no las encuentro; solo por el Anfiteatro observo que habeis pasado, porque descubro alguna cruz trazada en su arena ensangrentada; sin duda el trémulo dedo de algun creyente moribundo la trazaria allí; pero ¡ay! aquella cruz abierta entre sangre y arena nos dice: «Aquí morimos;» yo busco la cruz que me advierta: «aquí vivimos,» y no la encuentro.

Admiraos: la capital del Cristianismo se ha constituido en las cloacas de la capital pagana: el amor á Cristo fue tan enérgico, tan activo, que atrajo á los cristianos hasta las entrañas de la tierra, hasta las catacumbas: allí vivió un pueblo numeroso, allí se avecindaron personajes encumbrados en política, en milicia y en alcurnia; allí fueron grandes varones poderosos por su influjo y por sus riquezas; allí fué á renunciar su vanidad la altiva dama romana, y á esconder su exquisita belleza la hermosa jóven oriental; allí se fué el pueblo, allí, condenado á la oscuridad, el pueblo, que tenia en sus manos todos los destinos del porvenir, experimentaba esta palabra de Isaías: «Ya no habrás menester sol que te dé luz durante el dia, «ni te alumbrará el resplandor de la luna, sino que el Señor será la «sempiterna luz tuya y tu Dios será tu gloria.» La gloria de Dios, la luz de su doctrina, de la que la Iglesia era inextinguible foco, hé ahí todo lo que deseaba y todo lo que encontraba el pueblo en las catacumbas.

Durante tres siglos, los hijos de la Iglesia no hicieron sino morir, y no obstante, al acabar aquel período de martirio continuo, Tertuliano decia: «Los cristianos lo ocupamos ya todo; el foro, los teatros, «las casas, los palacios, solo los templos idólatras dejamos desier-«tos.» La Iglesia católica obtuvo tal popularidad, constituida en las catacumbas, que Constantino, conociendo que para salvar el imperio no le bastaba la espada de los césares, tuvo la ocurrencia providencial de asirse con la cruz de los mártires, y levantarla.

No debo recordaros cuál ha sido la popularidad de la Iglesia entre las generaciones de la civilizada Europa, de esta Europa, pueblo

que la Iglesia concibió en las catacumbas y dió á luz rasgando las entrañas del imperio romano, y amamantó hasta Carlomagno, con la leche pura de sus doctrinas; y protegió su juventud de la invasion de los bárbaros, y le abrió el camino de la gloria y de la civilizacion y de la fortuna del progreso, y tiene su mano levantada para celebrar el matrimonio augusto de sus creencias antiguas con su futuro destino.

Si preguntais á un pueblo civilizado, cualquiera que sea, ¿de quién sois hijo? os contestará con voz sonora y decidida: del Cristianismo.

Ya sé que no todos los pueblos han conservado la integridad intelectual y moral que de su madre la Iglesia recibieron; sé que la Iglesia tiene el doloroso pesar de ver á una de sus familias loca, la civilizacion inglesa, y á otra indómita y brusca, la civilizacion rusa, y á otra algo traviesa y caprichosa, la civilizacion francesa; pero no obstante los atentados de la una y las inconveniencias de la otra y las impremeditaciones de la tercera, no han podido desconocer su orígen y se llaman cristianas.

II.

Y ¿cómo el amor de los pueblos no ha de ser todo para el Cristianismo? Echad una mirada al tiempo y decidme: ¿qué veis en el decurso de los siglos? Yo lo veo todo poblado de testimonios claros del amor de la Iglesia al pueblo: empieza suprimiendo la miseria, apagando la pasion del oro; establece la igualdad proclamando la caridad: ella suprime la esclavitud á la caida del imperio, ella salva al pueblo en el periodo pujante del feudalismo; ella detiene el vuelo peligroso de la monarquía anticatólica, ella trabaja para salvar los restos de la justicia náufraga.

Mirad el espacio y decidme ¿qué veis en él? Yo le veo todo poblado de obras de la misericordia de la Iglesia: hospitales, hospicios, orfelinatos, casas de refugio...

Mirad las generaciones, ¿qué observais en ellas? la Iglesia ha llamado á sus hijos de corazon mas sencillo y les ha reunido en diversas fraternidades: al enfermo, al moribundo, al miserable, al desvalido, á todos los necesitados ha dado un padre y un protector.

Discípulos de la escuela humanitaria... mas ellos no están aquí; si aquí estuvieran yo les dirigiria la palabra diciéndoles: ¿Qué habeis concebido de bueno y benéfico que la Iglesia no lo haya practicado de antemano? ¿La fraternidad absoluta? recordad que la Iglesia ha establecido las Órdenes monásticas; ¿el desprendimiento absoluto? no olvideis que nuestra Iglesia es la madre de la Hermana de la Caridad; ¿cuál es vuestra mas alta aspiracion? ¿abolir la pena de muerte? pues sabed que la Iglesia la abolió ya echando el velo de su misericordia al criminal que se acogiera á determinados de sus templos: si vosotros habeis destruido las inmunidades de la Iglesia, si os burlais de la Hermana de la Caridad, si calumniais las instituciones religiosas, no creais por esto destruir la Iglesia; el pueblo sabe la historia, y vosotros le enseñais á aprenderla mejor, y con un pueblo que sepa la historia, nada ha de temer la Iglesia por su popularidad.

Podemos ya remontarnos á las consideraciones que inspira el estudio de la causa de esta popularidad. Ayer vimos la trabazon íntima que existe entre las doctrinas del Verbo y los dones del Espíritu Santo: las bienaventuranzas de aquel eran prometidas á los posesores de los dones de este, de manera que las promesas de Jesucristo partian del principio de la fecundizacion de las almas por el espíritu. Pues bien: la Iglesia es la manifestacion perpétua del Verbo en la tierra, y por lo tanto continuamente se reproduce en ella y por ella el ejercicio de las relaciones del espíritu y del Verbo. El espíritu de la Iglesia, que es el de Dios, fecundiza la palabra, que es la de Dios, y porque el pueblo se convence de que la palabra de Dios no es un eco físico y estéril, sino animado y fecundo, es decir, que lleva consigo un espíritu de vida y de porvenir, aclama á la Iglesia como aclamó á Jesucristo. Sí, el Espíritu Santo inspira la popularidad de Jesucristo y de la Iglesia, lo indica esta palabra de san Pablo: «ni nadie puede confesar que Jesús es el Señor sino por el Espíritu «Santo[1].»

Este reveló á los pueblos los frutos que les produciria la aceptacion de la doctrina cristiana que él fecundiza; y ¿cómo no habian de aceptarla? desde el momento en que el Espíritu Santo se ofrecia á ser «prenda de nuestra herencia.» *Pignus hæreditatis nostræ*[2]. ¿Cómo podia resistir el pueblo el deseo de la perfecta libertad que el Señor le adquirió para loor de su Iglesia[3]? ¿cómo podia rechazar aquel espíritu y aquella palabra que le prometian un porvenir basado en la caridad, en el gozo, en la paz, en la paciencia, en la benignidad, en la bondad, en la longanimidad, en la mansedumbre, en la fidelidad, en la modestia, en la continencia y en la castidad? ¿cómo podian rechazar el espíritu de la civilizacion cristiana los pueblos que hasta entonces habian sido víctimas del espíritu de adulterio, de fornicacion, deshonestidad y lujuria; del culto de los ídolos, de las hechicerías, enemistades, pleitos, celos, enojos, riñas, disensiones, envidias, glotonerías y cosas semejantes[4]? ¡Ah! la revelacion de este porvenir lisonjero alentó al hombre, le reanimó para levantarse, porque estaba arrojado á tierra, para postrarse de rodillas, para fijar al cielo los ojos y para abrir sus labios, que no hablaban ya lenguaje de hombre, y para clamar: *Veni, creator Spiritus.* Así, Jesucristo concedió á los hombres, «segun las riquezas de su «gloria el ser fortalecidos en virtud interior por medio de su espíri-

[1] I Cor. XII, 3. — [2] Ephes. I, 14. — [3] Ibid. 14. — [4] Galat. V, 19, 20, 21, 22, 23.

«tu [1], el cual recibieron como el sello de la palabra de verdad [2].»

Hé aquí explicada doctrinalmente lo que yo llamaré la popularidad original de la Iglesia cristiana: el cumplimiento de este nuevo y admirable programa explica su popularidad histórica.

Examinemos rápidamente la civilizacion cristiana: su primera base es la *caridad:* ella produce necesariamente la union de los diversos miembros sociales, y mas que union establece entre ellos solidaridad: todos son miembros de un mismo cuerpo, el cuerpo social es el cuerpo místico de JESUCRISTO; todas las ideas de la sociedad cristiana deben bajar de JESUCRISTO, cuya cabeza es, ó ascender á JESUCRISTO para divinizarse, permitidme hable así, para divinizarse en él y descender otra vez divinizadas á las inteligencias humanas; lo que digo de las ideas es aplicable tambien á los sentimientos: el corazon del cristiano está en íntima correspondencia con el corazon de JESUCRISTO, del cual sus sentimientos proceden ó al cual se dirigen; así todo en el Cristianismo participa de la Divinidad, los sentimientos y las ideas; el hombre es considerado como parte de la humanidad, los hombres son un mismo ser moral con JESUCRISTO, JESUCRISTO es Dios, Dios y la humanidad están, pues, perfectamente adheridos en el Cristianismo: así los cristianos han cumplido esta palabra de san Pablo: «El CRISTO habita por la fe en vuestros cora-«zones, estando arraigados y zanjados en caridad, á fin de que po-«dais comprender con todos los santos cuál sea la anchura y longu-«ra, y la alteza y profundidad, y conocer tambien aquel amor de CRIS-«TO que sobrepuja todo conocimiento, para que seais plenamente «colmados de todos los dones de Dios [3].»

Su caridad engendra este puro *gozo,* gracias al que el cristiano se vuelve insensible á las injurias y atropellos de los enemigos; *gozo* del que los mártires dieron inequívocos testimonios al recibir la muerte de la garra de las fieras ó de la cuchilla de los tiranos; *gozo* que no atestigua menos el apacible rostro del creyente moribundo; *gozo* que no abandona al pueblo aun despues de tres siglos de sufrir por sus convicciones, como la Irlanda; *gozo* que se manifiesta en el carácter especial del culto cristiano, culto expansivo, alegre, porque tiene por objeto dar gloria á Dios, celebrar los hechos de la redencion y recordar las virtudes de las almas heróicas; *gozo* que caracteriza hasta los ejercicios fúnebres de la piedad, pues la esperanza en su misericordia alegra hasta sus tristes himnos: hé ahí una estrofa que afirma mi objeto; la sociedad cristiana la canta sobre los despojos mortales de sus individuos: *Qui Mariam absolvisti, et latronem exaudisti, mihi quoque spem dedisti; gozo* en fin propio del hombre y del pueblo que tiene conciencia de cumplir su deber, de marchar recto á su glorioso destino.

La *paz* es el resultado natural del íntimo gozo y de la caridad;

[1] Ephes. III, 16. — [2] Ibid. 14. — [3] Ephes. III, 17, 18, 19.

porque el gozo significa bienestar, y el que está bien ¿por qué emprender la guerra? La caridad significa solidaridad: el cristiano sabe que él y sus hermanos forman un solo ser, y como la guerra es la destruccion del hombre por el hombre, sabe que no puede emprender la guerra sin destruir parte de sí mismo: por esto quiere la paz; paz, este fue el saludo que el Eterno mandó á sus Ángeles dieran á los hombres al anunciarles el nacimiento de JESUCRISTO; paz, ella ha sido la palabra del Cristianismo; la primera palabra que los obispos dirigen al pueblo al celebrar el santo sacrificio es *paz á vosotros.*

La sociedad cristiana solo hace la guerra á los elementos que perturban ó imposibilitan la paz; la guerra moral á los vicios, los cuales en primer lugar separan al hombre de Dios por medio del desprecio de su ley, en segundo lugar separan al hombre del hombre diseminando el odio, creando la mala voluntad.

En el órden físico la sociedad cristiana solo ha hecho la guerra á los anárquicos invasores ó á los despóticos tiranos: unos y otros se declaran enemigos de la humanidad, renunciando á los derechos del hombre: se levantan contra el pacificador universal, quieren guerra, la siembran, la preparan, la declaran, la sostienen. Al levantarse contra ellos la sociedad cristiana obedece á un sentimiento de conservacion; aunque es preciso convenir que la cristiandad, en su calidad de tal, raras veces ha llegado á declarar la guerra, porque además del espíritu de paz ha recibido el de *paciencia* por el que sufre cuanto debe sufrir, apura hasta la hez la copa de la resignacion, y ha recibido tambien el don de *benignidad* por el que no desea el mal sino que lo evita; anhela el bien y lo practica, pues entre otras máximas saludables tiene la de hacer bien hasta á los enemigos, cuya práctica es la perfeccion de la caridad; de ahí que, como hemos indicado antes, el Cristianismo haya producido en todas partes instituciones de beneficencia correspondientes á todas las necesidades sociales y humanas. Hasta atiende á aligerar las penalidades de la guerra, cuando no ha podido evitarla con su espíritu de paz. Escuchad cuatro palabras de Lamennais: «El Cristianismo no declama; «exhorta á la paz, y la establece con sus máximas, quitando la causa «de la discordia; y cuando el sentimiento de conservacion obliga á «los pueblos á recurrir á las armas, fija por primera ley de los com-«bates la humanidad. La Religion penetra hasta el campo de batalla «para desterrar de él el odio y la inexorable avaricia, para contener «el abuso de la fuerza, para dulcificar la victoria y cubrir al débil «con su proteccion inviolable. No pudiendo abolir la espada, em-«bota su punta, y derrama bálsamo en las heridas abiertas por «ella [1].»

Ha recibido igualmente el espíritu de *bondad* por el que ni en el

[1] Lamennais, de la indiferencia en materias de Religion, tomo I, cap. 3, parte 2.

trato comun, ni en el diplomático es insidiosa: la rectitud de fin la inspira una integridad de lenguaje que vuelve del todo trasparentes sus intenciones. Esta trasparencia de espíritu, si perjudica al hombre cristiano, privándole de los intereses que hubiese sorprendido con su insidiosa doblez, le conquista en cambio las simpatías de la sociedad honrada, cuya predileccion le dispensa; esta trasparencia de espíritu perjudica á la política del Cristianismo, en cuanto los maquiavélicos, conociendo por su franqueza á dónde va, preparan con seguridad de éxito contrapesos á las medidas que para llegar á feliz término emplea; pero en cambio el pueblo, á quien JESUCRISTO comunicó un sentimiento elevado del bien, ve la profunda bondad de la sociedad cristiana, y por consiguiente la justicia, y resiste las mañas del maquiavelismo y proclama el triunfo de los verdaderos derechos.

Y ¿qué diré del espíritu de *mansedumbre* que tanto se ha generalizado particularmente en las elevadas regiones! desde que JESUCRISTO dijo: «Venid á mí, que soy manso y humilde de corazon,» la altivez y la fuerza han perdido enteramente el cetro; hasta el orgullo debe cubrir su agria fisonomía con cierto tinte complaciente. Desde que el Pontificado citó ante su tribunal á algunos reyes altivos, los pueblos exigen que los monarcas les hablen algo inclinados. El Verbo se inclinó, ¿quién no se inclinará? el Verbo descendió, ¿quién se atreverá á decir: yo no desciendo? JESUCRISTO, como vimos ayer, prometió á los mansos la posesion de la tierra: pues bien ¿quién posee hoy la tierra? ¿qué poder la abarca? La Iglesia: luego la Iglesia reina por la mansedumbre.

La *fidelidad* es otro de los divinos frutos: fidelidad respecto á las promesas que el hombre ha hecho á Dios, de rechazar el espíritu satánico, de despreciar sus pompas, de abandonar su causa; fidelidad en el cumplimiento de la ley que ha jurado, y en el respeto á la Iglesia cuyo Bautismo ha aceptado; fidelidad respecto los compromisos contraidos por el hombre ya con la sociedad conyugal, base de la familia, ya con las diversas naciones, base de la sociedad; fidelidad que garantiza los intereses humanos y materiales; fidelidad con la cual los hijos son la continuacion de la vida de los padres y el desarrollo de su programa, y los padres pueden gracias á ella calcular el porvenir de sus hijos, pues con ella el pasado tiene valor para el porvenir; sin ella el porvenir se emancipa de lo pasado; la fidelidad es, pues, la base del cálculo político razonado; con ella ningun elemento social se desperdicia, porque el criterio directivo señala á todos un destino al que no faltan; sin ella todo cálculo político es un pasatiempo estéril, porque el capricho de los hombres desnaturaliza el destino de los elementos.

Añadid á los frutos citados el de la *modestia*, que impide el desarrollo de la ambicion, y por consiguiente hace que cada hombre y cada pueblo esté tranquilo, seguro y contento en su línea, evitando

las tempestades promovidas por el empuje de los que son menos y el desencadenamiento de los que son mas; añadid el de la *continencia* y el de la *castidad*, último barniz de este conjunto de bellezas que constituyen la civilizacion cristiana, gracias á que todo es en ella puro, el hombre, la familia, el pueblo; todo legítimo, la generacion, los intereses, el progreso; todo íntegro, las instituciones, el lenguaje, los sentimientos.

Hé ahí los doce frutos que entrañaba «aquella virtud que salia de «la boca de JESUCRISTO cuando hablaba á las muchedumbres,» atraidas por la cual corrian á él, y al cobijarse á su sombra, hasta se olvidaban de satisfacer el apetito natural; hé ahí los frutos cuyo desarrollo es toda la civilizacion del Cristianismo: ¿cómo no debia obtener popularidad la Iglesia que aceptó la mision de desenvolver la semilla de estos frutos[1]?

III.

El desarrollo de la civilizacion basada en los frutos del Espíritu Santo ha sido en todos tiempos la tarea predilecta del Pontificado: todos los Papas han cultivado con prodigiosa asiduidad esta política espiritual que parte de la unidad y se eleva hasta la perfecta pureza: pura y armonizadora fue siempre la política pontificia: de ahí que el Pontificado, siendo el poder que ha poseido menos tierra y menos armas, ha sido el mas influyente entre las soberanías y el mas simpático á todas las voluntades. Los pueblos se han declarado hijos de una autoridad que nada ha pretendido poseer por derecho de conquista: es lo que el Pontificado quiere: quiere hijos, no esclavos, porque es la autoridad del amor y de la paz; porque su objeto es infundir gozo y esperanza; porque es bueno, benigno, fiel, manso, modesto.

Os suplico echeis una mirada atenta al Pontífice que hoy rige la Iglesia; me diréis que es un Pontífice extraordinario; pero yo os contestaré, que es extraordinario porque reune el perfecto espíritu del Pontificado; contemplándole á él, puede analizarse el espíritu de su institucion; contemplémosle, pues, y nos explicarémos la causa de la popularidad de que el Pontificado disfruta.

A priori os he descrito el carácter de Pio IX: cada uno de los doce frutos de la civilizacion cristiana ha puesto en él algo de su sabor: su *caridad* se revela en el afan con que ha procurado unir los diversos elementos sociales con el vínculo de un amor comun, sublime, divino: el Oriente y el Occidente han oido sus palabras, y mas de un pueblo se ha visto cautivado por la expresion cariñosa de su doctrina; su *gozo* se revela en él hasta en el cumplimiento de sus ter-

[1] El desarrollo de las ideas emitidas en los anteriores párrafos fue suplicado al autor por personas de alta competencia, lo que verificó en otra série de discursos sobre las *relaciones de los dones y de los frutos del Espíritu Santo con la civilizacion.*